



**VIGILANCIA.** Guardias permanecen frente a la entrada del hospital Mauer, donde la familia de Fritzl recibe ayuda psiquiátrica. / REUTERS

«Ahora nos conocen como la ciudad del terror», lamentan en el Ayuntamiento

rrogados sin piedad por los periodistas y perseguidos por las cámaras que invadieron la ciudad. Por eso, el jueves un grupo de amigos que bebía cerveza en el Brauhof, una taberna ubicada en un costado de la plaza central, sugirió a este periódico que había llegado la hora de recuperar la normalidad perdida. «No conocíamos al tal Josef y tampoco nadie sabía lo que ocurría en su sótano. No se puede culpar a toda una ciudad por el crimen cometido por una persona», advirtió uno de ellos. «Con todo respeto, creemos que ya es hora de que los periodistas abandonen la ciudad», añadió seguro de contar con la aprobación de sus amigos.

«Los periodistas tienen un trabajo fácil. Permanecen un par de días y cuando se van, dejan tierra quemada en todas partes», replicó otro del grupo. «En el futuro todo el mundo va a creer que los hombres de Amstetten somos todos pedófilos. ¿Cómo podemos impedir que un loco viva entre nosotros?».

De hecho, los reporteros han comenzado a abandonar la pequeña ciudad. La vida en Amstetten ha recuperado la normalidad perdida y la gente mira con curiosidad los anuncios que están colgados en pequeñas vitrinas en las paredes del Ayuntamiento, que anunciarán las fiestas que se celebrarán durante el mes de mayo y el resultado de un concurso internacional de palomas mensajeras.

# En casa del monstruo

Los vecinos de Amstetten, la ciudad más innovadora de Austria, claman contra el estigma imborrable grabado en sus vidas por Josef Fritzl

ENRIQUE MÜLLER

ENVIADO ESPECIAL A AMSTETTEN

Hermann Gruber era hasta el domingo pasado un hombre casi feliz y estaba orgulloso de su trabajo como portavoz del Ayuntamiento de Amstetten. Pero ese día, una llamada telefónica de su jefe, el alcalde, transformó su vida para siempre y lo catapultó en una pesadilla que arruinó el buen nombre de la ciudad y sumió a la población en un estado de neurosis colectiva. El domingo pasado, Gruber se había preparado para disfrutar de la gran fiesta de la ciudad, el llamado *día de la sidra*, una fiesta que se celebra cada año cuando los perales han florecido y las familias visitan las granjas para disfrutar de la bebida más famosa del pueblo: *die mostbirne* (sidra de pera).

El alcalde, Herbert Katzengruber, se encontraba de visita en una granja para entregarle a su propietario un nuevo trofeo. El mandatario tenía una copa de sidra en su mano cuando sonó su móvil. Después de colgar, marcó el número de teléfono de Gruber para informarle de la existencia de un sótano en el número 42 de la calle Ybbstrasse.

«Hasta el domingo, Amstetten lucía con orgullo el título de ser el municipio más innovador de todo el país», contó Gruber, al recordar la distinción que recibió la ciudad de manos del presidente de Austria en 2006. «Habíamos tenido éxito en construir una imagen amable y dinámica de la localidad, pero ahora todo el mundo nos conoce como la ciudad del terror».

Gruber ya no encuentra palabras para explicar la tragedia y, después de haber sido visitado por varias docenas de periodistas, llegó a una conclusión que le amarga la vida: «El sótano de la Ybbstrasse quedará grabado para siempre en la historia de la ciudad».

¿Amstetten, la ciudad del terror? El jueves pasado, la Iglesia St Joseph estaba repleta de fieles, que habían esquivado de mala gana las preguntas de los reporteros que hacían guardia a la entrada. Después de cantar casi de memoria un himno al Creador, los fieles escucharon en silencio la homilía del padre Peter Bösendorfer: «Señor, ¿cuando cerramos los ojos ante el sufrimiento de otros y no hacemos nada para impedirlo, estamos actuando según tu voluntad?». Las

palabras del cura retumban en la nave y recuerdan, una vez más, a los fieles las preguntas que han formulado los periodistas. ¿Cómo fue posible que nadie se diera cuenta de la tragedia?

## Culpa colectiva

La pregunta cien veces repetida ha envenenado el aire de la urbe y se ha convertido en un pesado lastre que arrastra a la población. Nadie

quiere creer, como dice Gruber, en la existencia de una culpa colectiva, pero la pregunta sin respuesta, al igual que la existencia del sótano en la Ybbstrasse será parte indeleble del futuro de la villa. El padre Bösendorfer dice, al concluir su homilía: «Hermanos, roguemos por la gente de esta ciudad y por las víctimas del crimen en la Ybbstrasse». Durante cuatro días, los habitantes de Amstetten fueron inte-

## Los hijos de Elisabeth fueron testigos de las violaciones

E. MÜLLER AMSTETTEN

En la noche del 28 de agosto de 1984 y mientras el resto de su familia dormía plácidamente, Josef Fritzl se dirigió a la habitación de su hija Elisabeth, la despertó y le ordenó, en voz baja, que le acompañara hasta el sótano. Cuando llegaron a una habitación habilitada como dormitorio, el hombre la anestesió con éter y la

mantuvo esposada a una cañería durante los dos primeros días de su largo calvario. El pasado 26 de abril, Elisabeth logró salir de la cárcel que su padre construyó para mantenerla encerrada como esclava sexual y cuando supo que ya no corría el peligro de regresar al sótano, relató a la Policía su larga historia de terror.

Ayer, la revista *Der Spiegel* reveló algunos detalles de la con-

fesión de Elisabeth. Según la mujer, durante nueve meses estuvo atada con una cuerda que le permitía alcanzar el inodoro. Los primeros nueve años de su cautiverio transcurrieron entre cuatro paredes y sólo en 1993 su padre habitó otras habitaciones en el zulo. «Los tres niños que nacieron en el sótano fueron testigos de las violaciones», señala la revista.

Durante su declaración, Elisabeth exculpó a su madre del calvario que sufrió durante 24 años y reveló que siempre había recibido alimentos y vestidos.

# Bill Clinton emula a Bobby Kennedy

MERCEDES GALLEGO

ENVIADA ESPECIAL A INDIANÁPOLIS

La última vez que Indiana tuvo un papel decisivo en las primarias demócratas el hombre que *Vanity Fair* recuerda este mes en su portada estaba vivo. Era 1968, y a Robert Kennedy le quedaba un mes de vida. El entusiasmo que despertaba en los jóvenes recuerda a Barack Obama, pero quien le evoca con astucia estos días es Bill Clinton.

Greenfield, Indiana. Población: 14.600 habitantes. Hasta allí va el ex presidente Clinton, encantado con la posibilidad de defender su legado histórico mientras ayuda a su esposa a reconquistar la Casa Blanca. Eso, si la campaña logra que no se salga del mensaje. Cada vez que Bill Clinton da

titulares es un mal día para su esposa, ya sea para llamar «Judas» a Bill Richardson o para comparar a Obama con Jesse Jackson. Sus asesores confiesan que se ha vuelto un hombre iracundo a medida que Obama se ha interpuesto en su camino, y es ya un consenso que le ha cogido manía al candidato que ha plagiado su mensaje de cambio y esperanza. Y ahora que el reverendo Jeremiah Wright amenaza con hacerle el trabajo sucio, Hillary Clinton no puede permitirse que su marido cambie el foco de atención. Solución, ni un micrófono cerca.

Para blindar al ex presidente la prensa está obligada a llegar a sus actos 45 minutos antes que él, y queda *secuestrada* en un área cercada por la Policía que recibe

órdenes estrictas de no permitir que ningún periodista salga del *gallinero*.

El accesible ex presidente que se pasara horas en los casinos de Nevada contestando las preguntas de la prensa no tiene ya oportunidades de desahogarse fuera del escenario. «Cuando Hillary Clinton lanzó su campaña en enero de 2007, sus colaboradores temían que Bill Clinton le hiciera sombra», escribió esta semana la revista *The New Yorker*. «Ahora el temor permanente es que la avergüence».

La batalla del martes en Indiana y Carolina del Norte ofrece otra posibilidad de que los candidatos se den jaque. Si Obama pierde ambas plazas, su campaña puede desmoronarse. Por el contrario, si las gana demost-



**TÁNDEM.** Clinton saluda mientras su esposa celebra su triunfo. / AFP

rá que ni el reverendo Wright puede acabar con su liderazgo. En cualquier caso, no es momento de permitir que Bill Clin-

Evoca la campaña del histórico demócrata para sumergirse en la Indiana rural en busca de un voto decisivo

ton se deslice, pero tampoco de prescindir de él. El ex presidente ha dejado los grandes escenarios para su esposa y se ha lanzado a las aldeas rurales que no ha visitado un candidato desde Bobby Kennedy con la música de *Journey* de fondo: «Era sólo una chica de pueblo...», comienza el tema de *Don't stop believing* (No dejes de creer).

«¡Nunca he visto a un presidente en persona!», comentaban exaltadas dos chicas que hacían cola en el instituto de Greenfield para ver a Bill Clinton. Nadie recordaba siquiera la visita de un candidato presidencial.